

INSTRUCCION QUINTA.

¿ A QUIÉN HEMOS DE ORAR ? PRIMERAMENTE A DIOS ; LUEGO A LA VIRGEN SANTÍSIMA A LOS ANGELES Y A LOS SANTOS.

TEXTO. — *Petite et accipietis ; pulsate et aperietur vobis, etc....*
Pedid y recibireis ; llamad y se os abrirá.

(SAN MATEO, CAP. VII, VERS. 7.)

EXORDIO. — Amados hermanos míos, la oración es un asunto inmenso, inmenso como nuestras necesidades, más aún, inmenso como la misericordia de Dios... Observo que las explicaciones que os doy son casi siempre incompletas... Así, el domingo pasado, al deciros que nuestras oraciones carecían frecuentemente de objeto, lo cual hacía que fuesen menos atentas y menos fervorosas, no os expliqué detalladamente lo que debíamos pedir de una manera absoluta, como por ejemplo, el perdón de nuestros pecados ó nuestra salvación eterna.. Hay también otras, como la salud, y hasta los bienes temporales, que nos es permitido pedir á nuestro soberano Señor, pero con la condición de que no perjudiquen el gran negocio de nuestra salvación... Más tarde, al explicar la oración dominical, volveré á tratar másexensamente este punto....

Asimismo en una de las instrucciones anteriores, al hablaros de los lugares de la oración, no he insistido lo bastante sobre la oración pública y sus numerosas ventajas... El mismo Jesucristo nos afirma la superioridad de esta oración hecha en común, al decir : *Cuando dos ó tres estén reunidos para orar en mi nombre, yo estaré en medio de ellos.* La oración hecha en común por una familia reunida, y sobre todo por una parroquia congregada en una iglesia, tiene pues algo de más agradable á Dios y es más poderosa sobre su corazón.. Una comparación muy sencilla os hará comprender esta verdad... Suponed que el señor Obispo, el representante de Jesucristo en esta diócesis, se digna, como lo ha hecho ya, visitar nuestra humilde parroquia ; preséntase un cristiano á pedir su bendición, luego otro, después otro... Indudablemente esta demostración aislada de cada uno de estos fieles le honra

y regocija su corazón.. Pero figuráos á todos los cristianos reunidos con sus vestidos de fiesta, las campanas dejando oír sus más alegres sonos, la iglesia adornada como para las mayores solemnidades ; ¿ creéis que en aquel espectáculo de toda una población reunida no habría algo que honraría más al primer pastor de la diócesis y regocijaría más su corazón ?... Ahí teneis la imágen de la oración privada y de la pública... Realmente no conviene olvidarse de la primera ; ésta es agradable á nuestro soberano Dueño ; pero conviene dar mucha importancia á la segunda, porque con ella se honra todavía más á este Dios que ha creado el universo y á quien está sometido todo. Un conmovedor ejemplo mostrará claramente esta verdad... Decidme ; ¿ había en la tierra una oración y unos homenajes más fervientes que los que tributaban san José, la santísima Virgen y el niño Jesús á la augusta Trinidad ? ¿ Existía sobre la tierra un templo, un santuario más venerable que la humilde morada donde vivían ?.. — ¿ Porqué pues, oh augusta familia, cada año en las solemnes festividades empredeis una larga caminata para trasladaros al templo de Jerusalén ?.. — Para reuniros á los fieles que oran en aquel sagrado recinto.. — Pero allí no serán más fervorosas vuestras oraciones... — Serán más agradables á Dios, porque él mismo ha mandado que vayais á su templo á santificar las fiestas que le estan congradas... Y es verdad, hermanos míos muy amados por ardientes que sean nuestras oraciones, son aún más agradables á Dios cuando, cada domingo, nos reunimos para orar junto á este augusto tabernáculo...

PROPOSICIÓN. — Este pensamiento, hermanos míos muy amados, á recordarme el deber que tenemos todos de asistir, cada domingo, al santo Sacrificio de la Misa, me lleva á daros ciertas explicaciones que tal vez no serán inútiles... Quisiera contestar á esta sencilla pregunta : ¿ A quién hemos de dirigir nuestras oraciones ?...

DIVISIÓN. — Y contesto : *en primer lugar*, y ante todo, hemos de orar á Dios, nuestro Dueño soberano ; *en segundo lugar*, nos está permitido dirigir nuestras oraciones á la santísima Virgen, á los ángeles y á los santos...

Primera parte. — Hemos de orar ante todo á Dios. — El catecismo, como el símbolo, es, carísimos hermanos, una especie de compendio.

Como tienen que aprenderlo de memoria los niños á quienes preparamos para la primera comunión, se han puesto en él respuestas muy cortas que con frecuencia hemos de completar con explicaciones. Cuando se dice que la oración es una elevación de nuestra alma hácia Dios para adorarle, pedirle gracias y expresarle nuestro reconocimiento por los beneficios recibidos, se habla con exactitud... Pero se podría añadir que la oración es también una elevación de nuestra alma hácia la santísima Virgen, los santos y los ángeles para honrarles y pedir su intercesión cerca de Dios. Sin embargo, me apresuro á añadir que la manera como oramos á Dios difiere mucho de la como nos encomendamos á la protección de aquellas bendecidas criaturas que, con ser poderosas, gloriosas y veneradas, no son empero más que simples criaturas... Nosotros tenemos una obligación estricta y rigurosa de orar y honrar á este Dios que nos ha creado. Se nos podría comparar con unos hijos ingratos y desnaturalizados, si descuidásemos este importante deber.. Por eso habeis de notar bien que la oración más importante, la más usual en la iglesia, se eleva directamente á la soberana Magestad... Las tres primeras frases de oración que hemos aprendido á balbucear en el regazo de nuestras madres, si hemos tenido la dicha de tener madres cristianas, han sido éstas: *Padre nuestro, que estás en los cielos*.. Y la primera oración que cada mañana recitamos ¿no es también este mismo *Padre Nuestro* ?..

Y luego la oración por excelencia, la que más ha de elevar nuestros corazones, ¿no es el augusto Sacrificio de la Misa, á que en este momento asistimos?... Únicamente á Dios, sí, ya lo sabeis, únicamente á Dios es á quien es permitido ofrecerlo... Y en la vida de los santos leemos que, más de una vez, tuvieron ocasión de ver en misteriosas visiones, á la santísima Virgen, á los ángeles y á los santos uniéndose á los fieles y al sacerdote para ofrecer á la adorable Trinidad la víctima que sobre nuestros altares se inmola... ¡Ah! aquí es donde nuestras almas, realmente apoyadas en los méritos de Jesucristo, se elevan hácia Dios para adorarle, pedirle sus gracias y expresarle su reconocimiento por los beneficios recibidos... Ya veis pues, hermanos míos muy amados, que no solamente es á Dios á quien se dirige nuestra primera oración, sino que también á él y sólo á él es á quien ofrece-

mos el homenaje más excelente, más respetable y más eficaz, el augusto sacrificio que sobre el altar se verifica.

Y aún en esas oraciones que hacemos solos, sobre todo en las que hemos de repetir con más frecuencia; cuántas veces las fórmulas que endos niños aprendimos y que jamás debemos olvidar nos elevan directamente hácia Dios, iba casi á decir,—y habría dicho bien,— que son una conversación de nuestra alma con él! Repasad vuestros actos de fé, de esperanza y de caridad: ¿no empiezan con estas palabras: *Dios mio, creo... Dios mio, espero... Dios mio, os amo...?* Y si se trata de pedir el perdón de nuestras faltas ó de renovar las promesas de nuestro bautismo, también es á Dios á quien nos dirigimos: *Señor Dios mio*, decimos, *tengo un vivo pesar de haberos ofendido... Dios mio, renuncio de todo corazón á Satanás... Sí*, hermanos míos muy amados, es inútil insistir más sobre este punto,

Dios es á quien primeramente deben dirigirse nuestras oraciones; la misma Iglesia santa nos lo enseña y nos da el ejemplo... Recorred todas las oraciones que el sacerdote recita en el altar, hasta cuando celebramos las fiestas de los más grandes santos, vereis que todas empiezan por una invocación al Sér Supremo... ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿No es el poderoso Señor cuya providencia gobierna este universo?... ¿No es él quien hace la felicidad de la santísima Virgen, de los ángeles y de los santos, la fuente de donde manan sus goces, el foco de donde parte esta aureola de gloria con que les ha querido embellecer? Sí, pronto lo vamos á cantar: *Vere dignum et justum est, æquum et salutare*; es digno, justo, conveniente y saludable, oh Dios tres veces santo, que sean para vos nuestros primeros homenajes, que vayan á unirse á las alabanzas, á los respetos, á los *hosanna* de los santos, y á formar con ellos ese bendito concierto que ha de durar por toda la eternidad (1)...

Segunda parte.—Sin embargo, hermanos míos muy amados, podemos también dirigir nuestras oraciones á la santísima Virgen, á los santos y á los ángeles; no para adorarles, porque ya sabeis que solamente Dios tiene derecho á estos homenajes supremos... Yo definiría

(1) Prefacio de la santa Misa.

con gusto la oración que dirigimos á estos estimados amigos del Altísimo una elevación de nuestra alma hácia ellos, una conversación por medio de la cual les honramos y reclamamos su intercesión cerca de Dios... Una comparación tomada de la historia, espero que os dará á comprender todo mi pensamiento... San Luís, rey de Francia, el modelo de los príncipes, tenía una madre á quien amaba mucho... y amigos á quienes profesaba singular cariño... Con todo y ser el rey, acogía gustoso, cuando eran justas, las peticiones que le hacían, ya para ellos, ya para otros, algunos consejeros que gozaban de su favor... Ciertas personas se dirigían á este buen rey, y él les acogía bondadosamente. Otras y sobre todo las que le habían ofendido, recurrían á la reina Blanca, ó á alguno de los amigos de este monarca, para alcanzar, ya su perdón, ya los favores que pedían... Es la historia de la oración que nosotros dirigimos á la Virgen santísima, á los ángeles y á los santos. Os he dicho, explicándoos los mandamientos de la ley de Dios, lo que es el culto que tributamos á los santos, y de qué modo nos es permitido honrarles é invocarles. Hoy me detengo en este último pensamiento: podemos dirigir nuestras oraciones á los santos, podemos suplicarles que intercedan por nosotros.

Empecemos por hablar de la Reina del cielo, de Aquella á quien con frecuencia hemos de ofrecer aquella salutación del Angel: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo*; de esta Madre bendecida, á quien honramos cual santa Isabel la honraba diciéndola: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre...* Y la santa Iglesia católica nos pone á su vez en nuestros lábios estas palabras: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...* ¡Y cuántas otras preciosas oraciones, compuestas por santos y admitidas por la Iglesia nos demuestran que podemos... ¡que podemos!... ¿Qué he dicho, oh Reina del cielo, oh Perla del paraíso, objeto de las divinas complacencias?... ¡He dicho que podemos!... Nó, amadísima Madre de los cristianos, no es bastante... digo que debemos dirigir nuestras oraciones, encomendarnos á vuestra protección omnipotente... ¡Atrás los herejes que niegan vuestro poder!... ¡Malditos sean los impíos que blasfeman de vuestras augustas

prerogativas! ... Después de Dios, oh Virgen bendecida, á vos, sí, á vos elevarse deben nuestros cantos y nuestras más fervientes oraciones... ¡Salve, tres veces salve, os diré con la Iglesia santa, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, salve, salve! ... ¡Pobres descendientes de Eva, desterrados del cielo, que es nuestra patria, clamamos á vos!... Viajeros en este valle de lágrimas, nuestro llanto, nuestros gemidos y suspiros se elevan con confianza hácia vuestro trono... Vos sois nuestra abogada; seguros contamos con vuestra poderosa protección, volved hácia nosotros vuestras miradas tan dulces, tan misericordiosas; alcanzadnos la gracia de que, después del destierro de nuestra vida, podamos contemplar á ese adorable Jesús que se dignó encarnarse en vos y á quien habeis mecido en vuestros brazos... ¡Esta es la gracia que os pedimos, oh clemente, dulce y buena Virgen María!... Tal es, hermanos míos muy amados, una de las oraciones que la Iglesia santa pone en nuestros lábios, y que cante en sus oficios en honor de la augusta Reina del cielo... ¡Ah! si san Luís nada rehusaba á las súplicas de su buena madre, yo, apoyado en la experiencia y en las afirmaciones de todos los santos, es aseguro que la santísima Trinidad nada rehusa á la Virgen tres veces santa que fué y es aún la hija privilegiada del Padre, la Madre tiernamente amada del Hijo y la esposa querida del Espíritu Santo... Por consiguiente, podemos... más aún, debemos orar á la Virgen santísima.

Pero, debajo de la Reina del cielo, junto al trono de Dios hay, si así me es permitido expresarme, los ángeles y los arcángeles, espíritus bienhechóres que Dios creó para su gloria y para su servicio... También á ellos podemos dirigir nuestras oraciones y suplicarles que sean nuestros intercesores cerca del Altísimo... Hay más, queridos hermanos míos, la misericordia del Señor ha destacado á uno de esos espíritus celestiales para que nos acompañe, nos inspire y nos proteja; es nuestro ángel custodio... ¡Ah! á éste, cuando menos, la gratitud, la necesidad que tenemos de su auxilio, todo nos impone el deber de orarle, de recurrir á su poderosa intercesión. Mil ejemplos sacados de la vida de los santos nos podrían mostrar el interés que estos espíritus bienaventurados sienten por las almas que les están confiadas y la eficacia de su intercesión.. Ahí teneis á la humilde sirvienta santa Zi-

ta, al labrador san Isidro, ayudados en sus humildes funciones por sus ángeles custodios... Ahí teneis á santa Francisca Romana y á tantas otras, protegidas de un modo visible, y reconociendo que debían sus triunfos sobre las tentaciones y la gracia de conservarse fieles á Dios, á la protección de sus ángeles custodios... Nos es pues permitido, hermanos míos muy amados, dirigir nuestras oraciones á los ángeles; es, lo repito, hasta un deber para nosotros el encomendarnos á nuestro ángel custodio, repitiendo cada día la oración que aprendisteis en el regazo de vuestra madre.

He añadido asimismo que podíamos dirigir nuestras oraciones á los santos. Estos son los amigos de Dios, forman parte allá en el cielo de ese cortejo de honor que, por toda una eternidad, bendecirá al Dios tres veces santo... Son los amigos del gran Rey, podemos solicitar su protección, y apoyarnos en ellos como se apoyaría un débil en otro más fuerte que él... Así santa Teresa, cuando vivía en este suelo, dirigía cada día fervorosas oraciones, no solamente á Dios y á la santísima Virgen, sinó también á los santos, y especialmente á san José.. Ella misma escribía que jamás había solicitado una gracia por la intercesión de aquel gran santo que no la hubiese obtenido.. El venerable párroco de Ars, el abate Vianney, tenía gran devoción á santa Filomena, y por el poder de esta santa obtuvo muchas conversiones inesperadas y gracias milagrosas (1)... Una palabra todavía sobre este asunto, carísimos hermanos; me parece que entre todos los santos hay uno á quien debemos especialmente honrar y á quien podemos dirigirnos con especial confianza: es aquel bajo cuya protección fuimos puestos en el día de nuestro bautismo... Una piadosa costumbre, que casi se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, quiere que el niño reciba un nombre en las fuentes bautismales. No exige que reniegue de su familia según la carne; pero esta familia espiritual de que ha entrado á formar parte, y que se llama la Iglesia, le ha dado un nuevo nombre: desea que este nombre no sea solamente una palabra vana, compuesta de algunas sílabas sonoras, sinó que recuerde la memoria de aquellos bienaventurados, de aquellos héroes cristianos cuyas virtudes ha

(1) Véase la vida de este piadoso sacerdote, por Alfredo Monnin.

coronado Dios en el cielo... El santo cuyo nombre llevamos, si somos constantes en invocarle, nos cubre con una protección especial... Así se ve á santa Catalina de Sena y á santa Catalina de Bolonia, recibir gracias especiales por mediación de su patrona santa Catalina de Alejandría. San Juan Bautista, san Pablo evangelista y otros mil que sería largo enumerar se nos aparecen cubriendo con una tutela especial á piadosos personajes que llevaban su nombre y que recurrían á su valimiento cerca del Altísimo (1).

PERORACIÓN. — También, carísimos hermanos míos, podemos dirigir nuestras oraciones á las almas del purgatorio... Una piadosa confianza y hechos positivos nos demuestran que, si estas santas almas nada pueden para su propio alivio, en cambio no carecen de poder sobre el corazón del Dios que los purifica, cuando interceden por nosotros... Una santa cuyo nombre citaré, santa Catalina de Bolonia, que fué favorecida por visiones misteriosas y por insignes gracias, (una noche de Navidad, mientras estaba meditando sobre el nacimiento del Salvador, la Virgen santísima con sus propias manos puso al divino Niño en sus brazos); pues bien, esta santa refiere en sus revelaciones, y en un libro piadoso que ella escribió, dictado en cierto modo por el Espíritu Santo, que la gustaba orar á las almas del purgatorio y que por su intercesión alcanzaba todas las gracias que necesitaba. (2).

Carísimos hermanos, reasumamos en dos palabras toda esta instrucción... Ante todo debemos dirigir nuestras oraciones á Dios, nuestro Criador, nuestro soberano Dueño, á Dios que nos ha dado un Salvador y un Redentor. Pero debemos también orar á la inmaculada y soberana Virgen María, nuestra Madre, y á los santos ángeles, y especialmente á nuestro Ángel custodio, lo propio que á todas las almas bienaventuradas, á fin de que, con su poderosa intercesión, nos ayuden á alcanzar de la misericordia de Dios la gracia de vivir cristianamente en este mundo y de ir un día á participar de la felicidad de que ellos gozan en el cielo... Así sea.

(1) Testamento del cardenal Bona.

(2) Véase el libro de las *Siete armas espirituales*, compuesto por esta santa, y el sermón de san Leonardo de Port-Maurice *sobre el purgatorio*.